
José María Bulnes*

La UTOPIA posible

La pregunta que hoy nos reúne, “¿Y después de 1984, que?”, se acompaña de una proposición: “la utopía posible”, misma que plantea acercarnos a mirar lo que nuestro presente obliga hacia adelante, el mundo que podemos y debemos desear y buscar, la “utopía” como posibilidad realizable.

Sobre nuestro presente, el decir *1984*, en referencia al libro de Orwell, lleva inmediatamente a la denuncia de todo aquello que corresponde, de algún modo, a la pesadilla de esa novela. Pero, aparte de eso, el solo registro de algunas cifras e imágenes muy recientes, del genocidio, de la tortura, de la muerte de más de veinte millones de seres humanos al año por inanición, dan a la interrogante un sentido muy concreto en otra perspectiva, como si nos preguntáramos directamente “¿Y después del saqueo y el despojo, de los crímenes contra la humanidad, de las falsificaciones, de la perversión y del desastre, qué?”. Esa pregunta yo la contestaría de dos maneras.

En la primera, trataría de exponer brevemente por qué pienso —sin tener argumentos suficientes para asegurarlo, y sin tener idea de por qué caminos precisos y en cuánto tiempo se llegará a eso— que en el curso de pocos años se habrá de hacer evidente una serie de verdades ignoradas u ocultas hasta ahora y cuyo escamoteo tiene que ver tanto con lo que se ha dicho y hecho torpe, premeditada o vanamente, como con lo que no se ha querido decir y hacer en relación con

* Exrector de la corporación educacional Colegio de Santiago, excatedrático de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico; doctorado en Estudios Hispánicos, actualmente imparte la asignatura de Teoría Social en la FCPyS.

el enfrentamiento de unas disyuntivas sociales fundamentales, insoslayables y extremas.

Bastará con anotar algunas de esas verdades. Vinculadas con otras que en los últimos veinte años han expuesto pensadores valerosos, ellas se desprenden también de hechos concretos. Así, por ejemplo:

1) El que ningún gobierno de ninguna sociedad puede realmente encaminar un orden social racional ni justo, sean cuales fueren sus buenas intenciones, por un sendero oculto o fundando su acción en el argumento político, muy elíptico y falseador del sentido de la acción colectiva, de unos censos o inventarios de “déficits” sociales establecidos en términos de “mínimos” de subsistencia o de los niveles de prosperidad y bienestar alcanzados por algunos. La final irracionalidad y también la inmoralidad de esto corre de la mano con la permisión de la injusticia y la iniquidad que provocan y acentúan las desigualdades intolerables y la miseria, y con esa misma avaricia que sólo sabe sacar cuentas e inventar “administraciones” o gobiernos de encargo prestidigitadores para convertir los efectos de ella misma, las culpas de unos y los temores de muchos, en limpios números rojos contables y, luego, algunos de esos números rojos, en exitosos o alentadores pequeños números negros. Este juego contra la vida, gastado pero aún muy vigente, se estudiará un día con estupor e incredulidad, como parte de la tenebrosa fantasmagoría ideológica del capitalismo de nuestro siglo.

2) Relacionada con esto, la verdad de fondo, y más que “cristiana”, de que los mínimos indispensables se obtendrán solos —literalmente, “por añadidura”— si lo que se *busca* primero son precisamente los “máximos”, como “el reino de Dios y “su justicia”. Se descubrirá que ello estaba comprobándose reiteradamente hacía mucho en la experiencia de las grandes revoluciones sociales, cuyas metas no han sido nunca los mínimos sino máximos. Es lo que los pueblos, los campesinos y los desheredados bien entienden como lo único verdadero, ya que no hay otro camino serio para la esperanza ni siquiera de los mínimos en un planeta arrasado, mal repartido y totalmente entregado a la voracidad insaciable de los más ricos o fuertes sobre los presupuestos ideológicos y jurídicos del liberalismo individualista y empresarial de la apropiación privada del mundo y de la libre competencia. Esto se irá viendo por todos, y con todos los argumentos imaginables, cuando lo que todavía quede del mundo en manos de los que lo habitan, no pueda más seguirse expropiando o negociando en favor privado de unos cuantos o de los cercanos, a costa de los demás o de los más lejanos.

Se dará un argumento de hecho, por “la fuerza de las cosas”, en la relación entre naciones ricas y pobres, y en el seno de cada sociedad, sobre todo en las clases intermedias pretendientes, llevadas al callejón

sin salida y a la frustración que quebrará la razón soñada de su sueño.

Confiar hoy la vida de los pueblos o de la humanidad presente al desarrollo de las fuerzas productivas, a los rebalses de utilidades, a los fondos sociales compensatorios presupuestales, a las promesas de los abanderados parlamentarios, es algo que se revuelve ya en el mismo plano del disparate en que se ubican los cuentos de los servicios remunerativos generados por el lujo y el despilfarro, o por las limosnas espontáneas.

3) Frente a las siempre renovadas “actualizaciones” de los inventarios de los déficits y de los “pasivos” o “inactivos” sociales, muy útiles también para magnificar las dificultades observadas en la resolución de unos problemas para la cual no hay voluntad o capacidad de decisión políticas, alegando la exigüidad de los recursos, y para justificar “etapas” y fracasos, los mismos agotamientos de las falsas salidas y también la experiencia repetida de las grandes revoluciones en los países más atrasados, contribuirán a descubrir, como se ve en las guerras y en las catástrofes, los verdaderos “activos” y, desde luego, la fuerza y la riqueza inagotables, los verdaderos “currículos” de los aparentemente “no educados” o sin “preparación” y, en general, de todos a quienes se juzgaba sólo como menesterosos.

4) Se hará evidente que la pretendida ley inexpugnable de los mercados, mientras unos individuos, unas clases y unos pueblos levantan su bienestar sobre la explotación y la miseria de otros, no sólo no ha pertenecido nunca a la naturaleza, sino que tampoco puede servir de orientación responsable para la economía de ninguna sociedad pobre que no quiera ser sólo un acoplamiento cautivo de las economías dominantes. Ello pondrá en definitiva entredicho la confiada promoción de cualquier producción rentable en un cierto momento, como pretendida base firme de la vida de un pueblo, de su futuro e independencia.

5) Únicamente así los ya reconocidos argumentos de la causa ecológica cobrarán su verdadero peso y lugar, muy en relación con el hombre real y no sólo con la humanidad futura; lo mismo que la denuncia y la lucha contra las armas nucleares y la carrera armamentista que son hoy, al fin y al cabo, innegables, espléndidos e insustituibles negocios públicos y privados de los fuertes y parte de todo el fundamento sustentador de su negocio establecido.

6) Por ese mismo lado, quedará también al descubierto toda la panoplia legal e ideológica de las astutas invenciones tiránicas, represivas y discriminatorias de las sociedades de consumo y de la riqueza que se escatima o desvaloriza, tanto desde el consabido supuesto falso de la escasez, como desde las pretendidas aperturas liberadoras o igualadoras de unos estrechos, obligatorios y controlados embudos culturales y sis-

temas educativos de engañosa ancha boca, presentados como necesarios a recorrer en largos años, favorables siempre a unos pocos e indispensables para justificar, desde una racionalidad y justicia objetiva de datos cargados, los exclusivismos subculturales y sociales de unas clases y el sometimiento resignado de otras y de los más inermes.

7) Finalmente, ya en la búsqueda de los máximos, y en el respeto primordial de la vida, todo será distinto. Porque también habrán de quedar en entredicho las jerarquías preestablecidas, en la definitiva bancarrota del mentido “orden y progreso”, así como del saber frío en todas sus vertientes.

Las ciencias sociales, la psicología y la pedagogía actuales verán derrumbarse en pedazos, lo mismo que la economía y el derecho, la mayor parte de sus más acariciadas y modernas invenciones. Y se descubrirá la fuerza torrencial e incontrastable del espíritu y de la vida misma frente a los frutos venenosos del árbol-serpiente de una retorcida ciencia moral higiénica puesta desde sus albores al servicio del poder y legisladora inaceptable del bien y del mal. Esta es hoy, en pocas palabras, la “utopía”, única salida esperanzadora de lo que se ha dado y se sigue dando.

Pero esta respuesta, que no es el “pronóstico” que arroja de por sí ningún “diagnóstico científico” construido por la suma computarizada de las cantidades y las particularidades parciales en que se acostumbra registrar y cuantificar los males presentes sólo para decir que se los enfrenta desde unos incongruentes presupuestos *ad hoc* de entradas y gastos, dejará insatisfechas muchas preguntas. Y eso, cuando no resultara totalmente intolerable para quienes necesitan saber todo lo que se arriesga, dado que tienen, o así lo creen al menos, mucho que perder.

De hecho, el mandato del amor, y sus derivaciones, como el “ama, y haz lo que quieras”, de San Agustín, amedrentan más, en relación con el temor que antiguamente se sentía ante Dios o el destino, o se reconocen como cosas muy hermosas y también muy privadas, y nada más. Aunque se acepte el nexo dado entre la extensión y profundidad del amor, y la extensión y profundidad de la libertad; y también la garantía insustituible y única otorgada por el amor a la acción humana y a nuestra conducta, cuando es él y sólo él el que gobierna, ya que él tampoco admite emparejamientos ni conciliaciones con otros señores.

Lo cual, para nuestro asunto, es muy importante. Porque si el amor tiene que ver con todo, también los caminos de la verdadera utopía se abren desde todas partes, y son caminos cruzados.

La confusión está, respecto a la utopía, en que ella, en lo que tiene de verdad, es sólo lo que está en el fondo de la búsqueda, que no es de

ningún modo lo mismo que las fórmulas políticas, imaginarias o intentadas, de su instauración institucional.

Claro, las dudas quedan y, desde luego, por el lado de la historia.

Con la historia pasa algo curioso: respecto al pasado, somos más justicieros y firmes para juzgar y condenar sin ocultamientos los horrores que su recuerdo consigna, porque ellos son adscritos a otros y muy lejanos a nosotros. Y somos generosos, para regatearle virtudes ni atributos heroicos a las grandes acciones humanas. Pero la pregunta es si alguna vez en la historia las cosas se dieron en la búsqueda de esa utopía, en ese sentido de los “máximos” antes mencionado.

Para satisfacer completamente esta duda debe leerse mucho. Sólo nos queda, pues, remitirnos a la lectura seria de algunos libros, empezando por los más a prueba de fáciles sospechas de “idealismos”, como, por ejemplo, los de historiadores de los movimientos “milenaristas” populares, como el que sobre la guerra campesina alemana elabora Federico Engels.

En la otra dirección, sobre lo que aventuramos como posibilidad positiva de la situación presente, esto es, del desastre actual, ya dije no tener idea de cuánto ha de tardar y cuánto ha de costar el que llegue a verse claramente el fondo de los hechos. Menos podría, en consecuencia, imaginar las circunstancias concretas en que lo señalado y muchas otras impulsarán un gran movimiento general, como el que sería de esperar, en toda la tierra.

Pero creo que en América Latina, al menos, algo ya de todo esto comienza a presentirse haciéndose para muchos, cada vez más evidente.

Por ejemplo, no es un azar la irrupción, en la iglesia latinoamericana, de lo que ha venido a llamarse la “teología de la liberación”, que tanto preocupa al Vaticano y al imperio, aun en su incipiente carácter.

Lo que parece ser el gran acontecimiento social del proceso de crisis general que ya se vive, el desvanecimiento que se inicia de las ilusiones de las capas medias e intelectuales latinoamericanas, no se ha medido todavía, creo, en la profundidad de sus consecuencias “concientizadoras” revolucionarias, que rebasarán con seguridad todos los programas de “formación” y “concientización” llevados adelante o por lo menos formulados en los últimos treinta años.

Una clase numerosísima, en expansión y constante ascenso social —propiciado éste por, entre otras razones, el acceso a la educación universitaria y empleos burocráticos—, que había venido dando el tono de las ciudades, alcanzaba niveles de consumo muy comparables y, a menudo, superiores a lo que sería su correspondiente en los países ricos; junto a las llamadas “buenas conciencias” burguesas, la conciencia inmaculada de sus miembros, y la fantasía de sus propios merecimientos, y de

ser modelo imitable para quienes quedaban más abajo, se difundía una tan ingenua como supersticiosa visión fantástica del proceso social y la riqueza.

Hoy, la realidad comienza a traer esa clase “a tierra”.

Pero dejemos esta historia aquí. Lo importante es destacar la atención sobre el especial carácter la ocasión que nos congrega. Es un acontecimiento raro reunirse para manifestar institucionalmente la preocupación por la utopía. Porque la verdadera utopía —no el *tema* de la utopía— es, al fin, algo de lo prohibido en los actos públicos habituales en los que se exhiben los discursos más autorizados de las instituciones y de las ciencias. Y ello es comprensible, porque en la utopía hay un reto profundo a lo que se da por descontado o se nos impone comúnmente como lo real o como la condición de seriedad de cualquier diálogo solemne sobre lo que se entiende como las responsabilidades objetivas o urgentes del momento.

Sabemos que el término “utopía”, construido sobre las palabras griegas “*ou*” y “*tópos*” —“no” y “lugar”— y traducible como “no lugar”, “ningún lugar”, “sin lugar” o, más bien, “lugar del no lugar” o “lugar sin lugar”, y que fue el título del libro —el nombre propio de la realidad en él descrita, del país, de la ciudad, del Estado fantástico o de la isla del sueño y acaso del disfraz de la esperanza— de Tomás Moro, se convirtió en concepto genérico para las construcciones y sueños de todos quienes lo antecedieron y sucedieron describiendo lo que podía ser, en un lugar remoto, imaginario o desconocido, o en un tiempo futuro, un mundo civil y político diferente, más digno del hombre o sólo contrastante con el mundo establecido.

¿Cuánto cabría decir sobre esos Estados utópicos que hoy no entendemos, tan “totalitarios” y, al mismo tiempo, ingenuos y santos, sin ideología sobre el poder, y que servían a la subsistencia feliz, ordenada y eterna de sus ciudadanos! Desde la *Politéia* o *República* de Platón, con sus secretos mensajes y, entre ellos, el del mito o cuento central —al medio del VII de sus trece libros— de “la caverna”! Pero no hablemos de eso.

Nuestro asunto con la “utopía” es que hoy no queda otra palabra común para abrazar lo que en un tiempo no muy distante fue llamado —y buscado— por muchos como “reino de Dios en la tierra” y que, por cierto, no era la ciudad futurista que tanto ha embriagado la fantasía en estos dos últimos siglos, siempre sobre la base del olvido del mal presente y de una aceptación sorprendentemente tranquila de la respuesta de “lo irreparable” o de la muerte definitiva de lo pasado.

La utopía es, entonces, también hoy, una fórmula que resume en sí, como ya vislumbrábamos, todas las esperanzas y metas terrenales de la fe y del amor.

Nos preguntamos: ¿y acaso no también de la justicia? Mi respuesta sería que, en un sentido profundo, sí, sin duda alguna. En otro sentido, creo que no. Porque pienso que parte de una de las tragedias que vivimos encuentra su raíz en la confusión de las estancias diferentes de la existencia, de las cuales sabemos muy poco, y en la confusión, que se sigue, de todo.

Por muchas razones, pues, jamás nuestra intención podría reducirse a sólo intercambiar algunas reflexiones tangenciales, en ese ánimo fácil o cansado de dignatarios seguros de su oficio y ejercicio académico normal, ni siquiera en el ánimo de la convivencia intelectual habitual en un cuerpo docente.

Por la magnitud del asunto, se trataría más bien de ganar altura en lo que resulta ser ese gris campo ondulado, de neblinas y nubes, en que discurre y se escurre la vida corriente universitaria. Y, ya desde esa altura, ir hacia algo mayor, como sería una nueva palabra.

¿Cómo, de otro modo, enfrentar algo que nos sobrepasa tanto, ya que contiene la secreta explicación de las vidas de incontables seres humanos cuyas existencias y nombres no se recuerdan, y de las vidas recordadas de otros cuyos nombres se repiten como algo sagrado?

Porque hay también una diferencia muy grande entre lo que sería sólo un soñar y meditar melancólicos y lo que ha sido siempre y sigue siendo el combate asumido en la vigilia de las esperanzas y de las voluntades que, al fin, según se ha señalado y repetido también desde antiguo, someten al cielo.

De modo que, puestas las cosas en su verdadero terreno, “la utopía posible” deja de ser la ilusión de un tema intelectual que se sueña, para convertirse en la realidad silenciosa de un tema ardiente.

La sola evocación de la historia nos hace pensar en aquello que no nos parece lícito ni posible tratar de descubrir: la suerte de esos “errantes” perseguidos sin descanso de que nos habla el autor de la Epístola a los *Hebreos*.

Lo que puede recordarse aquí es lo señalado por él cuando se afirma que “en la fe murieron todos ellos sin haber conseguido el objeto de las promesas: viéndolas y saludándolas desde lejos y confesándose extraños y forasteros sobre la tierra”. “Los que tal dicen —puntualiza— claramente dan a entender que van en busca de una patria, pues si hubiesen pensado en la tierra de la que habían salido, habrían tenido ocasión de retornar a ella.” “Empero, aspiran a una mejor [. . .]” Y termina: “por eso Dios no se avergüenza de ellos, de ser llamado Dios suyo, pues les tiene preparada una ciudad. . .”

Desde luego, no creo que esto deba entenderse demasiado fácilmente, suponiendo que ahí sólo se habla de este mundo y “el otro”. Porque

también dice: “Dios tenía ya dispuesto algo mejor para nosotros, de modo que no llegaran ellos sin nosotros. . .”.

Es este un argumento que hoy también va haciéndose más nítido, en la dirección de lo planteado al comienzo: es difícil, si no imposible, pensar en una utopía verdadera circunscrita a un lugar o a una gente en medio de un mundo sufriente.

Por otra parte, de lo que alcanzamos a entender de la historia humana en su parte esperanzadora, se descubre que la utopía verdadera encuentra su raíz, en cada tiempo y lugar, en una conciencia, por así decir, *nueva*; el problema es llegar, en cada tiempo y lugar, a acercarse a ella.

En el encendimiento de esa posible nueva conciencia se cifraron también, desde siempre, los vaticinios de los poetas. Como esa “predicción” de Francisco Petrarca que estuvo tan en mente del florentino Nicolás Maquiavelo y que, al final de *El príncipe*, no puede dejar de consignar. Maquiavelo así llama, “predicción”, al hacer suyas sus palabras, que son como la inversión del ya entonces socorrido “*furor arma ministrat*” de la *Eneida*. Porque dice el pasaje de la canción de Petrarca: “*Virtù contra furore./ Prenderà l’arme, e sia’l combatter corto*” —“*El valor contra el furor tomará las armas, y habrá de ser el combatir breve*”. En esa conclusión de *El príncipe* anotará, cuatro siglos después, Antonio Gramsci: “Maquiavelo mismo se vuelve pueblo, se confunde con el pueblo” y “concluye con un grito apasionado, inmediato”.

Ser realista sin cerrar ni la posibilidad de nada, ni la posibilidad de lo más grande y milagroso y, más aún, reclamándola, y creyendo de verdad en que el reclamarla es no sólo requisito indispensable sino también garantía, y acaso condición suficiente, de su realización, es ciertamente la gran posibilidad del realismo. Es lo que nos explica Dostoievski, maravillado por lo logrado en esto por Miguel de Cervantes en la forma de ejemplificarlo en su Quijote.

Así nos hemos de explicar lo que ocurre con el reclamo actual de la utopía. Sólo en los precisos términos de un verdadero “realismo” de ese tipo, ese reclamo se establece ya en los hechos, y podría llegar también, al fin, a imponer en la mejor teoría, su natural preeminencia.

Bastante ha sido señalado, también desde siempre, que la condición distintiva de la historia y de la realidad humana es justamente el que no esté el hombre atado, en su proceso histórico, a leyes ineluctables e independientes de su conciencia, y el que su existencia y su acción se den radicalmente en esa altura que abarca no sólo lo que ya fue y lo que es su presente circunstancial, sino también las posibilidades de lo infinito que no conocemos y que nos parece inasequible, pero que es el campo verdadero, mayor, de *lo posible*.

No habrá de extrañar, entonces, que aquí, puesto ante la pregunta y proposición “¿Y después de 1984, qué? La utopía posible”, quiera yo insistir en lo que, por tantas razones, es a mi entender la única posibilidad de respuesta realista frente a ella.

La consideración de esa posibilidad debiera tener un sitio más propio y más alto en una Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

En esto, también Gramsci se incorpora a nuestra reflexión. En una nota de sus cuadernos de cárcel que él titula *Sociología y ciencia política* apunta:

Si es verdad que el hombre sólo puede ser concebido como hombre históricamente determinado, es decir, que se ha desarrollado y vive en ciertas condiciones, en un determinado complejo social o conjunto de relaciones sociales, ¿puede concebirse a la sociología solamente como el estudio de estas condiciones y de las leyes que regulan su desarrollo?

Y responde:

Ya que no se puede prescindir de la voluntad y de la iniciativa de los mismos hombres, este concepto no puede menos que ser falso.

E insiste:

Hay que plantear el problema de qué es la propia ‘ciencia’.

Y sobre esto afirma, en forma de tres preguntas retóricas que, en sí mismas, son una respuesta:

Si la ciencia es ‘descubrimiento’ de una realidad antes ignorada, ¿esta realidad no es concebida, en cierto sentido, como trascendente? ¿Y no se piensa que existe aún algo ‘ignoto’ y por consiguiente trascendente? ¿Y el concepto de ciencia como ‘creación’ no significa también el concepto de ciencia como ‘política’?

Lo primero sería, pues, reconocer que —aparte y lejos de todo lo que pudiera sólo melancólicamente decirse, con más que justificadas razones de repugnancia y luto, sobre el mundo que hoy pretende imponerse por la fuerza y desde el poder sobre todos los hombres, y sobre la deriva de las empresas y acciones que lo representan—, esa pregunta “¿Y después de 1984, qué?”, es una interrogante dirigida mu-

cho más a nuestro corazón y a nuestra voluntad, que a nuestra razón y saber.

Y la posibilidad de responderla estaría dada, por tanto, como la realidad histórica misma, más que nada por la forma en que nos vemos y hablamos de nosotros mismos.

Lo primero sería, en consecuencia, reconocer que de lo que se trata, al hablar del presente y del mañana, es de alcanzar alguna vista y fe ciertas sobre lo que está detrás de nuestras vidas, de nuestros sueños y esperanzas.

Esto, se diría, se logra más fácilmente entre amigos y muy próximos, pero quién sabe. Por ejemplo, todos los que estamos aquí podría suponerse que querríamos, seguramente, que, por de pronto, fuera cierto que tiene sentido haber convocado a este encuentro. Pero esperarlo así nomás o hacernos ilusiones al respecto sería, sin duda, un gran error. Y, en ese sentido, mucho más claro estaría todo para nosotros si supiéramos con certeza que el que este lugar o cualquier otro sea o no sea, o pueda ser, verdaderamente, el lugar que quisiéramos o que esperamos, depende fundamentalmente del modo en que eso mismo sea deseado y querido por nosotros y de que en esto, aunque estén también otros de por medio, lo decisivo esté en nosotros.

Lo mismo se quiere decir cuando se afirma que de lo que se trata, al fin, aquí o allá, es de “ser consecuentes”. Aunque, claro, el problema está en que tal congruencia no se da fácilmente o sin razones fuertes, “razones” siempre “del corazón”, como lo dijo Pascal, o “razones” poderosas ofrecidas o impuestas por la realidad misma, que requieren un particular y bien dirigido esfuerzo para verlas.

Es por lo que, pensando o soñando ya no en pretendidos “diagnósticos” sino sólo en lo que es y pudiera ser nuestra contribución vital, filosófica y actuante en dirección a una transformación radical del mundo tan triste, inicuo y trágico de hoy, como al abandono de lo que impide esa transformación, sería tan iluminador y grande el descubrir de pronto que toda nuestra imposibilidad o posibilidad de hacer lo que corresponde sólo reside en la forma en que nos miramos y hablamos de nosotros mismos.

Ello explicaría tanto el mundo que vivimos como la posibilidad del alumbramiento y crecimiento del mundo que pudiera responder al viejo sueño de la humanidad. Añadiéndose que acaso esa forma en que nos miramos y hablamos de nosotros pudiéramos llegar a verla de manera tan clara como para poderla cambiar, de acuerdo con esa misma revelación, que nos entregaría, como por su otra “cara”, la verdadera forma de nuestro ser posible, mayor.

Se acabarían tantos cuentos y se haría palpable que el mundo que

propiamente *vivimos* no sirve señalarlo sólo como fruto de un conjunto invocado y no sentido de leyes generales de la naturaleza o particulares de una historia humana concebida como producto de las especificidades y evolución “naturales” de nuestra especie, y que hay algo más interesante que la descripción o interpretación de unos tiempos y unas etapas que sólo podríamos lograr hacer con acierto mirando hacia atrás y con el auxilio de muchísimos saberes sistemáticos y bien ordenados, pero “tiempos” y “etapas” que no dependerían de nosotros, verdaderos hacedores o soñadores sólo de nuestros sueños, y ni siquiera eso.

Por eso mismo el clamor de Gramsci sobre “la reforma intelectual y moral”, como fundamento de la verdadera política.

Ya en este punto, sólo quedaría algo por aclarar. Porque lo feliz de todo esto se conjugaría mal con el misterio triste de que sólo ahora, hoy, en este tiempo y a nosotros, nos hubiera tocado llegar a saber con tanta certidumbre algo tan fundamental y trascendente, capaz de revolucionar todo el pensar y existir humanos.

En efecto, en la felicidad y sorpresa de esta especie de liberación, definitiva y real de la historia, quedaría punzándonos un gran dolor, mientras no se aclarara esa pregunta. Hasta el punto que no podríamos hacer otra cosa sino dedicar todos nuestros esfuerzos a la búsqueda de su respuesta. Porque así es de grande también, no nos engañemos, nuestra solidaridad con el pasado, con los que nos antecedieron, con los seres queridos que ya no están y con quienes los representan mejor en nuestro presente, en el anonimato, en el sufrimiento, en el dolor, en la miseria, en la enfermedad, en lo que les es negado frente a otros satisfechos, en su no realización.

Podemos reconocer así, por lo menos, lo falso e intolerable que resulta, como quiera que se pronuncie, el discurso futurista alegre, optimista o beato sobre una sociedad futura que únicamente habrían de vivir los hombres nacidos sólo del futuro, vale decir, una “humanidad”, parafraseando a Vico, sin *humus*, sin sepulturas, y una “descendencia” nuestra sin rostro y sin pasado.

Algo queda, pues, en claro en este razonamiento resumido: la relación existente entre el saber, el pensar, el ser, el hablar y el actuar humanos, y la relación de los hombres con su pasado.

Así estamos hoy, empezando a acercarnos a la única utopía que pudiera llenar nuestras ansias y dirigir nuestros pasos hacia ese mundo —de grandes y pequeños, de sabios y humildes— completamente diferentes por su libertad y justicia, al que hemos conocido.

¿Viviremos nosotros o se vivirá un día esa utopía, o ella sólo será un guía en el camino de la transparencia verdadera del mundo? Creo que lo uno exige lo otro.

Sólo nos queda una pregunta: ¿no estaba ya también dicho esto, hace mucho?

Valga una sola respuesta:

En vísperas de la aparición de lo que habría de ser el primer número, el único, de los *Anales franco-alemanes*, Marx escribía en septiembre de 1843, desde Kreuznach, a Arnold Ruge: “de forma que nuestro lema será: reforma de la conciencia [. . .]”

El texto es bien conocido:

[. . .] no mediante dogmas, sino mediante el análisis de la conciencia mistificada oscura a sí misma, tanto si se presenta en forma religiosa como en forma política. Veremos entonces cómo el mundo hace tiempo que tiene un sueño, del cual basta con tener conciencia para convertirlo en realidad. Resultará claro que no se trata de trazar una recta del pasado al futuro, sino de realizar las ideas del pasado. Veremos finalmente que la humanidad no se iniciará en un nuevo trabajo, sino que realizará desde el principio, conscientemente, su trabajo antiguo.

“Se trata de una *confesión*, y no de otra cosa”, dice casi al terminar.

Si esto es así, “después de 1984”, entonces, nuestra tarea ha de ser la misma de antes y, también, la de hoy: la utopía posible.

Advirtiendo una vez más, eso sí, que eso de “lo posible” —ha sido comúnmente, en contra de su sentido propio, muy mal entendido y alegado. Porque lo *posible* no es sinónimo, en modo alguno, de lo *fácil*. No es una limitación que se marca a la pequeña altura de lo que se da con menos conflictos o contradicciones, o de lo más asequible. Así tampoco se entiende lo que es “la política”, o se la reduce a ese género de actividad u operación manipuladora y parlamentaria, literalmente “infernai” en muchos casos —véase al respecto lo dicho en tal sentido por Max Weber—, que se desempeña por quienes viven del poder y en el poder o junto al poder, o por los que sólo buscan el poder, utilizando sólo un pedazo menguado del espíritu. “Lo posible”, al contrario, para el hombre, es casi lo infinito, porque comprende, justamente, las mayores promesas y, junto a lo fácil, que no es lo que interesa, lo no tan fácil, lo difícil, lo muy difícil y hasta lo que parece, de todo punto, imposible.

Para la utopía posible, “los llamados” habrían de ser, al fin, sólo “los pobres”, que “poseerán la tierra” o, como se ha dicho después, los que “no tienen nada que perder”, por la sola razón —no malentendamos tampoco esto— de que, a diferencia de quienes detentan el poder, no tienen cosas de las que se pierden, y todo lo que tienen son cosas que no se pueden perder.

Este es un argumento en círculo, pero verdadero. Todo esto es tema, debe ser tema, es *el* tema central de “la política”, “*toda vez que el fin de ella —como lo consignara Aristóteles— no es el conocimiento, sino la acción*”.